

Despedida de la Iglesia Pentecostal Naciente.

“El teólogo no debe permitir que nadie le frene en su trabajo. Ni siquiera la dirección de su Iglesia, a la que se siente lealmente ligado. El teólogo debe -tal es su gozoso deber y obligación- buscar mediante el estudio serio y sin jactancia respuestas sinceras de las que pueda responder ante la Iglesia y la sociedad... Así se interesará cada vez más por la causa de la teología, sin reivindicar jamás para sí mismo la infalibilidad.”

Hans Küng. "¿Existe Dios?", pág. 462.

Quiero comenzar con palabras de agradecimiento.

Doy gracias a mi Señor y Redentor Jesucristo por haberme permitido crecer y congregarme en la Iglesia Pentecostal Naciente, a partir del año 1994 a mis 12 años. Aquí he aprendido innumerables cosas, he madurado. Aquí tengo a mis mejores amigos. Aquí he soñado, proyectado, trabajado. Aquí he reído y llorado.

Doy gracias a mi padre y a mi madre, por legarme la mejor de las herencias, como fue preparar mi camino. En dicho camino, estuvo la decisión de congregarnos en esta Iglesia.

Doy gracias al hoy inexistente Cuerpo de Ciclistas, porque allí fui formado espiritualmente y aprendí de la sencillez del evangelio, aprendí de lo feliz que los creyentes podíamos ser.

Hago acá un reconocimiento a quien fuese una persona de referencia, a quién admiré y amé. Hablo de la Pastora Zulema Guajardo, una mujer adelantada a los tiempos, de quien recibí enseñanzas, consejos, amonestaciones. Una mujer cuyo amor trato de recordar e imitar.

Doy gracias al Pastor Moisés Peralta Guajardo, por la confianza de muchas conversaciones y por darme la oportunidad de realizar varias actividades en la Iglesia.

Doy gracias al Pastor Juan Gálvez y a la Pastora Rebeca Peralta por ser un ejemplo ministerial, por las palabras, consejos y apoyo.

Quiero agradecer al Pastor Omar González, por ser más que un pastor un amigo. Por enseñarnos que la santidad sonríe.

Doy gracias a los ancianos y ancianas de la Iglesia, cuyo ejemplo caló hondo en mí. Les llevaré siempre en mi mente. Nunca olvidaré a quienes su saludo y el “Dios le bendiga, mijito”, significaron en muchos momentos una vitamina fortificante.

Doy gracias a quienes me criticaron y hablaron mal de mí, porque no me mataron, sino que formaron parte de mi fortalecimiento y madurez. Alegremente, gracias a Dios, puedo decir, que las palabras duras no rompieron huesos.

Quiero agradecer a la juventud de la Iglesia, por sus enseñanzas, sonrisas, por sus sueños que son los míos, por sus luchas que son las mías. Muchas veces lo dije, hoy lo repito: “quien ama a la juventud de la Iglesia se ha ganado un pedacito de mi corazón”. Muchas gracias al Departamento Juvenil, a quienes lo componen, por ser una escuela en la que fui discípulo y maestro y viceversa, por ser un espacio desde

donde luchar, por ser el lugar que me permitió desarrollar una Escuela Bíblica y un Preuniversitario Popular. Agradezco, especialmente, a quienes compartieron junto a mí en diferentes directorios del Departamento Juvenil por ser compañeros en muchos momentos. Gracias, porque incluso hoy, no siendo integrante según los Reglamentos de la Iglesia, fui invitado a compartir algunos temas, o simplemente como un oyente. Gracias, mil gracias y mis deseos de bendiciones y crecimiento cuantitativo y cualitativo.

Quiero agradecer a algunos hermanos en particular. Algunos puede que no estén presentes hoy, pero quiero dejar constancia de ellos. Quiero agradecer al hno. Luis Muñoz, porque sin saber leer ni escribir fue un gran maestro, enseñándome con su práctica como debía ser un jefe de grupo. Agradezco al hno. Augusto Pino, por enseñarnos que el evangelio también es cultura, y de ahí la importancia de educarnos. Agradezco al hno. Francisco Muñoz por ser un referente, una “mente abierta” a quien miramos por mucho tiempo. Agradezco a la hna. Rosa Martínez, por permitir que su casa fuera la mía, el lugar donde conversar, soñar y discutir. Quiero agradecer al hno. Javier Calderón por enseñarme que cuando estoy a cargo de un grupo yo soy el responsable no sólo de los triunfos, sino también de las derrotas, y que debían ser puestas “en mi cuenta”. Agradezco al hno. Luis Estrada por enseñarme que antes de que Dios formara la Iglesia formó la familia. Doy gracias al hno. Ariel Cabrera porque cuando fue jefe de jóvenes permitió mis divergencias, porque a pesar de ellas luchamos por lo mismo. Doy gracias a la hna. Jetzabel Quiroz, porque con ella realizamos una de las actividades más lindas del Departamento Juvenil, por una semana completa. Doy gracias a mi amigo Víctor Madrid por las conversaciones, los chistes, los momentos y por enseñarme con su ejemplo que todavía puede seguir saliendo algo bueno de Nazaret.

Quiero dedicar mis palabras de agradecimiento, especialmente a mis amigos Cristian Estrada y Pablo Vargas, compañeros de mil batallas realizadas y unas cuantas más que vendrán. Muchas gracias por la risa y el llanto común. Gracias porque siempre estuvimos alineados dando un frente común. Muchas gracias por los retos y críticas, porque estuvieron conmigo en las buenas y en las malas, en las duras y en las maduras, e inclusive en las podridas. Muchas gracias por los sueños y por permitirme ser junto a ustedes voces que clamaron en el desierto. Muchas gracias por ser más que mis amigos. Ustedes son mis hermanos.

Todos estos agradecimientos tienen una razón de ser. He decidido, y tengo en mis manos, una carta de renuncia indeclinable a mi condición de Miembro en Plena Comunión de la Iglesia Pentecostal Naciente y a mis responsabilidades en ella.

Ustedes son mi familia y quiero que conozcan las razones de ella, para que entiendan que esto no es antojadizo ni menos una traición. Soy tan Pentecostal Naciente como muchos de ustedes. Hace un año atrás a mí se me “cortaron las manos”, se me apartó de manera drástica de mi área de trabajo en la Iglesia. Eso produjo un dolor inmenso que fue muy difícil de sanar. Nadie estuvo allí cuando vestido y con mi Biblia debajo del brazo me quedaba bajo los dinteles de la puerta de mi casa llorando por sentirme inútil, un fracasado. Muchas veces lloré ante el Señor. Siento que Él me consoló y me ha ayudado a seguir. Pero cuesta seguir adelante cuando la Iglesia, tu lugar de comunión con Dios y los hermanos deja de ser un pedacito del cielo en la tierra, un oasis en medio del desierto. Cuando quienes no están de acuerdo con uno lo cuestionan incansablemente sin estar uno presente, y luego con una sonrisa en los labios lo saludan deseando bendiciones. Cuando hay personas que se comportan como el perro del hortelano, porque no comen ni dejan comer. La gota que rebalsó el vaso fue la siguiente: Hace un mes atrás, junto al hno. Cristian y al hno. Pablo enviamos un proyecto al Pastor y la Junta de Oficiales. El proyecto consistía en generar una serie de estudios y preparar un material de ayuda sobre la 1ª Carta a los Corintios, dirigido a toda la Iglesia, especialmente a los profesores de la Escuela Dominical. En primera instancia, el proyecto contó con la aprobación del Pastor Moisés, pero hace unas semanas atrás se revocó la autorización. ¿Las razones? Públicamente no las hubo. En privado si las hubo, claramente. Es una pena, que actividades que buscan glorificar a Cristo y edificar a Su Cuerpo a través de los dones que el Señor nos ha entregado en su gracia, sean rechazados. ¿Qué razón puede existir para no aprobar un estudio bíblico? De verdad, eso aún

me tiene desconcertado. Yo sabía que existía la posibilidad que nos dijeran que no, pero es la forma en la que se hace. No se miden las consecuencias, los daños que se causan.

Esta no es la primera vez que pasa algo similar. Está bien. Uno debe endurecerse. Quienes me conocen saben cuánto he y hemos soportado. Pero uno no debe perder la ternura jamás. Y ahí está el problema. No puede haber amor cuando se tiene desconfianza de lo que uno puede entregar. Se debe desconfiar de las personas que ocultan su voz. No de quienes nos comportamos como cartas abiertas.

Ustedes tienen todo el derecho a recordarme como estimen conveniente. Pueden recordarme como un problemático, peligroso, desatinado, destructor de la iglesia junto a otro joven de biblias grandes, líder negativo, satánico, sinvergüenza, poco espiritual, blasfemo, inmaduro, incumplidor de requisitos, poco sometido. Todo eso, y más, se ha dicho de mí en estos últimos nueve años. Pero nadie pudo, ni podrá, decir de mí jamás, y eso me deja conforme, que fui un hipócrita, un mentiroso, ni que nunca me esforcé en trazar bien la palabra de verdad, ni que dejé de actuar alguna vez en beneficio de la Iglesia Pentecostal Naciente. De todas maneras, pueden editar esta historia como quieran. Están en todo su derecho. Yo, por mi parte, prefiero editar esta historia de otra manera. Con mi agradecimiento y amor a la Iglesia que me vio crecer. Les dejo con una tristeza que me aprieta el alma, pero creo, que continuar así no sería sano para ustedes ni sano para mi mente, alma y conciencia. Es preferible poner el punto final a tiempo. Mi único anhelo es que valoren a las personas que tienen. Aquí hay buenos instrumentos que no deben ser maleados ni destruidos.

No se preocupen. No dejo de ser cristiano reformado. Ustedes seguirán siendo mis hermanos y hermanas y les amaré y respetaré como tales. Desde hoy, eso sí, comenzará mi peregrinaje por algunas iglesias. Para tranquilidad de ustedes comenzaré por algunas en las que he recibido la invitación a formar parte de ellas, de su formación, y terminaré en el lugar donde mi Señor y Salvador establezca su voluntad para mí.

Anhelo que llegue el día en que podamos reformarnos sin dividirnos.

Concluyo estas palabras tomando las del apóstol Pablo cuando dijo: “estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6).

Qué Dios les bendiga.

Luis Pino Moyano.